

Asteriscos

* Miguel Dalmaroni. *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en Argentina (1960–2002)*. Santiago de Chile: Melusina / RIL editores, 2004, 175 p.

Walter Benjamin prometió liberarnos del “aburrido ‘por una parte, por otra parte’” e intentó probar que la tendencia política correcta y la calidad estética de una obra artística eran una misma y una sola cuestión. Hoy, unos setenta años después de la escritura de “El artista como productor”, la solución propuesta por Benjamin puede parecernos una simplificación tan ingenua como voluntarista, aunque retenga (es uno de los méritos de las soluciones insatisfactorias) el interés de las preguntas que se resisten a volverse respuestas. *La palabra justa* retorna a esta cuestión, creyendo menos en las soluciones teóricas y confiando más en los resultados incompletos y provisorios de una historia crítica que analice, en tanto “modos de imaginar”, algunas de las más significativas soluciones insatisfactorias planteadas por diversos tipos de intelectuales en Argentina durante los últimos cuarenta años. “Este libro”, anticipa con exactitud el prólogo, “relee diversos momentos, episodios y textos en los que se dirimieron modos de imaginar las relaciones entre literatura y política, entre *justeza* artística y justicia ideológica, por parte de escritores, críticos e intelectuales argentinos entre 1960 y 2002”.

La primera de las cuatro secciones en que se divide el libro, “Polémicas”, traza un recorrido histórico, que es también un inventario, de los usos políticos y estéticos de un concepto polémico y hasta injurioso: “populismo”. El recorrido se inicia extrañamente con dos citas a la vez coincidentes y contradictorias de dos figuras bien heterogéneas, Juan Carlos Portantiero y Osvaldo Lamborghini, respecto de la poesía de Raúl González Tuñón. La discontinuidad del proyecto poético de Juan Gelman hacia 1962, una curiosa “enciclopedia del antipopulismo” compilada por José Isaacson en 1974, las revistas *Los libros* y *Líteral*, *Punto de vista* y *Babel*, los trabajos críticos de David Viñas en *Contorno* y la crítica más reciente de Josefina Ludmer y de Beatriz Sarlo son algunos de los principales puntos del itinerario ensayado. El resultado es un relato compuesto de “textos y episodios” literarios, o mejor, como prefiere el autor en el prólogo, “fragmentos de un relato aún conjetural del que podrían formar parte”. El mismo procedimiento, con el mismo virtuosismo en la selección y conexión de las citas, rige las demás secciones.

La segunda, “Poéticas”, reúne la poesía de Gelman, de los hermanos Lamborghini y de Alejandra Pizarnik para leer “el abandono del vínculo obligatorio entre literatura y *realidad* política, y su reemplazo por la construcción de cierta politicidad de la poesía escrita ahora como descalabro de la sintaxis cultural”.

La tercera, “Teoría y políticas de la crítica”, elige provocativamente un problema teórico “caído en desgracia”, el de las mediaciones entre “literatura y sociedad”, para interrogar algunas “políticas de la crítica” argentina de las últimas décadas: las intervenciones dirigidas a reconfigurar el canon teórico llevadas a cabo por Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano en *Punto de vista* (la importación de Raymond Williams como medida de “profilaxis antiparisina”, entre otras); el abandono del concepto de mediación y el “cinismo” crítico de Josefina Ludmer en *El cuerpo del delito*; la “ironía” como estrategia en *Críticas*, de Jorge Panesi.

La cuarta, “Memorias”, regresa a otra pregunta resistente, ¿cómo podrían narrarse los horrores de la represión estatal de la última dictadura militar?, para confrontar y analizar diversos tipos de respuestas (discursos): los relatos de sueños de *Atravesando la noche*, de Andrea Suárez Córca, las revistas de HIJOS, *Confines*, *Punto de Vista* y *Revista de Crítica Cultural*, y las novelas *Villa* y *Ni muerto has perdido tu nombre*, de Luis Gusmán, *El fin de la historia*, de Liliana Heker, *Dos veces junio*, de Martín Kohan, *El secreto y las voces*, de Carlos Gamerro.

Dos méritos inusuales, más allá de las aprobaciones que el libro merezca según los más normales criterios de la crítica universitaria, esperan en *La palabra justa*: la honestidad intelectual (de decir las cosas según se piensan, sin aclararlo) y una complejidad crítica que, tan inesperada como afortunadamente, nunca evita las contundencias de la precisión.

Sergio Pastormerlo